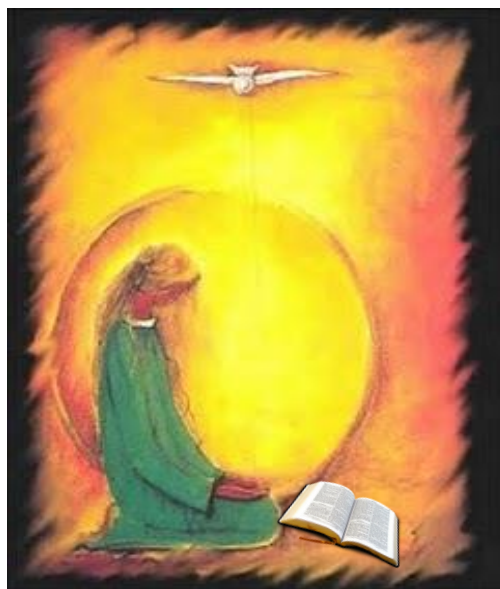


EL DISCERNIMIENTO COMO ACTITUD DE VIDA

Emperatriz Arrobo ss.cc
Superiora General

INFO SS.CC. HERMANAS N°22 – 20 DE ENERO 2015

“EL DISCERNIMIENTO COMO ACTITUD DE VIDA”



En la carta del Info anterior les invitaba a vivir la Navidad como una celebración diferente, única y recreadora de nuestra vida y misión. Me imagino que cada una, en su realidad personal, comunitaria y pastoral, ha podido vivir esta experiencia, acogiendo en su corazón la cercanía, la ternura y el Amor del Dios Encarnado.

Poco a poco hemos retomado nuestro ritmo normal y cotidiano, reanimadas por la experiencia del encuentro con Jesús y dispuestas a dejar que la semilla sembrada en esta Navidad eche sus raíces para dar fruto. Hoy, ya no son los pastores, los magos, María o José los que tienen que colaborar con el Proyecto de Dios. Hoy somos cada una de nosotras, las llamadas a testimoniar el amor y la ternura de Dios en la cotidianidad de nuestra vida. Es allí donde tenemos que descubrir y acoger a Jesús naciendo cada día, naciendo en mí, naciendo en mi comunidad, naciendo en cada rostro concreto de nuestra pastoral.

Llamadas a testimoniar el amor y la ternura de Dios en la cotidianidad de nuestra vida.

Pero acoger a Dios y hacerlo presente en la cotidianidad de nuestra vida, no es una experiencia fácil, necesitamos su gracia, necesitamos su Espíritu. Este Espíritu es quien nos enseña a caminar en la verdad de Jesús y en su Proyecto de Amor; Él nos enseñará a anunciar la alegría del Evangelio, no a nuestra manera, sino a la manera de Jesús; Él nos enseñará a descubrir las sorpresas y las llamadas de Dios. Sólo Él “*hace nuevas todas las cosas*”. Si ignoramos la acción creadora y transformadora del Espíritu, nuestro esfuerzo por vivir de acuerdo al Proyecto de Jesús, será vano y vacío.

En muchos momentos el Espíritu Santo es “*el gran desconocido*”.

Hablar del “*discernimiento como actitud de vida*”, no es un tema nuevo para nosotras, es más bien un tema muy común, generalmente

trabajado y reflexionado por hermanas y comunidades en algún momento de su recorrido; pero en la realidad concreta de nuestra vida cotidiana, no siempre vivimos con esta actitud, es más, quizás en muchos momentos el Espíritu Santo es “*el gran desconocido*”.

Si retomamos las decisiones del 35° Capitular General, podemos observar que la palabra “*discernimiento*” no aparece en muchos lugares, pero en los momentos en que aparece es clave. Hablando del proceso de reconfiguración se nos dice: “*a esta organización ha de llegarse a través de un proceso gradual, discernido...*”. Al hablar de los elementos esenciales para todos los niveles de liderazgo se pide “*ejercer el servicio de liderazgo desde, en y para la comunión y el discernimiento...*”.

La decisión capitular es desafiante, arriesgada, como lo son también las llamadas que la Iglesia nos hace hoy: “*despertar al mundo*”, “*iluminar con su testimonio profético*”, “*ir a contracorriente*”, “*salir de sus nidos*”, “*vivir con alegría*”, “*mostrar a todos que seguir a Cristo y poner en práctica su Evangelio llena su corazón de felicidad*”, nos decía el Papa Francisco en el mensaje de apertura del Año de la Vida Consagrada.

El proceso de “*revitalización*” que Actitud de discernimiento personal, comunitario y congreganista. juntas estamos viviendo, así como el proceso de “*reestructuración de obras y presencias tanto a nivel interno, como de Congregación*”, necesitan vivirse en actitud de discernimiento personal, comunitario y congreganista.

Todo discernimiento personal y comunitario es siempre una llamada a la conversión del corazón. San Pablo nos recuerda que hay que transformarse personalmente, para poder discernir cuál es la voluntad de Dios: “*no sigan la corriente del mundo en que vivimos, sino más bien transfórmense a partir de una renovación interior. Así sabrán distinguir cual es la voluntad de Dios, lo que es bueno, lo que le agrada, lo que es perfecto*”. Es una invitación a revestirnos con las armas de la luz, de la libertad y de la fuerza del Evangelio.

En este camino de Congregación necesitamos pedir constantemente la gracia de la “*docilidad al Espíritu Santo*”. El discernimiento es y será la estrella que nos guíe por el camino que el Señor nos quiere llevar. Para esto necesitamos volver más asiduamente nuestra mirada al Señor y dejar que su Palabra siga orientando nuestros pasos, dejar que su Espíritu nos conduzca y nos lleve por caminos frescos, renovados, audaces y místicos; caminos más humanos, más coherentes y evangélicos.

Nuestros Fundadores fueron dóciles a la acción del Espíritu, y desde Él y con Él, fueron luz en medio de la oscuridad, en medio del momento concreto que les tocó vivir. La pasión por el Amor de Dios estaba en el centro de su corazón y de su vida. Tuvieron la capacidad de intuir las llamadas más urgentes, para responder con creatividad y audacia desde el amor que los habitaba. Ellos vivieron centrados, concentrados y atravesados por el Evangelio. Esta es la herencia y el testimonio que nos dejaron, ahora nos toca a nosotras recrear esta experiencia, desde una actitud de escucha y docilidad al Espíritu, desde un volver a la Palabra y dejarnos contrastar por ella.

El ritmo de nuestra vida cotidiana nos lleva muchas veces a vivir desde fuera. Todo nos presiona para movernos con prisa, sin apenas detenernos en nada y en nadie, con el riesgo de vivir casi siempre en la corteza de la vida, olvidándonos de lo que es sentir la vida desde dentro. En un ritmo así, vivir en actitud de discernimiento no es fácil, necesitamos fortalecer una dimensión esencial de nuestra vida “*la interioridad*”. Acoger al Espíritu requiere de nosotras aprender a escucharlo en el interior del corazón y dejarnos conducir por su acción audaz y creadora, sentir la necesidad de vivir guiadas, sostenidas y fortalecidas por Él.

Lo que está viviendo el mundo, la Iglesia, nuestra Congregación, nuestra comunidad, cada una de nosotras, nos pide una fidelidad sin precedentes al Espíritu de Jesús. La pregunta sería ¿en la realidad concreta de nuestra vida personal y comunitaria, ¿cómo estamos acogiendo al Espíritu y su obrar en nosotras?, ¿por qué caminos nuevos nos quiere llevar? Necesitamos dejarnos trabajar y recrear por el Espíritu de Jesús. Sólo el Espíritu puede darle a nuestra vida personal, comunitaria y de Congregación un “rostro nuevo”.

Lo que estamos viviendo nos pide una fidelidad sin precedentes al Espíritu de Jesús.

A continuación comparto con ustedes algunos presupuestos que nos pueden ayudar en este camino de discernimiento como actitud de vida:

Nuestra experiencia de fe. Creer firmemente que Dios tiene un sueño para nosotras, para nuestra Congregación, que en el camino que hemos emprendido, Dios va delante, que Él quiere algo nuevo de nosotras, de nuestra Congregación. Esta actitud de fe es indispensable para discernir, es dejar que en todo este proceso, el Espíritu, sea el protagonista.

Dejarnos llevar por el Espíritu. El Papa Francisco nos dice al respecto: “*No hay mayor libertad que la de dejarse llevar por el Espíritu, renunciar a calcularlo y controlarlo todo, y permitir que Él nos ilumine, nos guíe, nos oriente, nos impulse hacia donde Él quiera. Él sabe bien lo que hace en cada época y en cada momento. ¡Esto se llama ser misteriosamente fecundos!*”

Discernir desde la comunión. En el discernimiento no hay intereses personales ni grupales. Hay que escuchar lo que el Espíritu va diciendo a cada hermana, a cada comunidad, a la Congregación, y apostar por una búsqueda conjunta del querer de Dios. Y esto, no sólo para las grandes decisiones, sino para nuestro día a día.

Estar abiertas al Dios de las sorpresas. Las sorpresas de Dios a veces son difíciles de entender y más aún de aceptar y asumir, por eso necesitamos dejar que el Espíritu recree nuestra vida para escuchar y acoger sus llamadas, con una actitud de apertura, docilidad y disponibilidad.

La disponibilidad. En las reglas del “discernimiento” se habla de la santa indiferencia, de llegar a reconocer que en el centro de nuestra vida hay un único absoluto que es Dios, el resto es relativo. Nuestra vida está en sus manos. Asumir personalmente esto en momentos determinados no es tan difícil, vivirlo en el día a día nos cuesta más, pero es más difícil aún, cuando es el cuerpo comunitario el que tiene que vivir la disponibilidad al querer de Dios.

La realidad sufriente de nuestro mundo. Los mensajes que la Iglesia nos está enviando en este último tiempo son de “salida”. El Papa Francisco nos dice “*Salgamos, salgamos a ofrecer a todos la vida de Jesucristo... prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades*”.

El sentido de pertenencia a la Familia SS.CC. En el proceso de Congregación que vamos viviendo es fundamental sentirnos cuerpo, vivir la pertenencia afectiva y efectiva a la Congregación; experimentar que todo lo que en ella se vive me afecta, me alegro con sus gozos y me duele su sufrimiento, me siento dentro, no estoy en los márgenes mirando pasivamente desde fuera. El carisma SS.CC. está vivo en mí, vibro con poder compartirlo, contagiarlo, me sigo sintiendo “necesaria para el Corazón de Dios” en comunión con todas mis hermanas.

Tener todo esto presente en nuestra vida, marcará nuestra manera de discernir y vivir cada día. Buscar la voluntad de Dios para cada hermana, cada comunidad y para la Congregación, es en definitiva *“elegir la vida”*.